

Comentario en la presentación del libro

A 40 años de 1968.

La crónica de un año maravilloso

de Alberto Pulido Aranda

Jueves 4 de diciembre de 2008 / Foro Cultural Coyoacanense "Hugo Argüelles"

Antes que nada, agradezco la invitación a esta remembranza colectiva. Es grato compartir la publicación de un libro con los amigos de tantos años y más cuando uno de ellos es el autor. Felicidades, Alberto.

Al recibir mi ejemplar del libro lo inmediato es echar el tiempo atrás, cuarenta años atrás. La lluvia de recuerdos se nos viene encima. Sobre todo tratándose de un año inolvidable por muchos motivos muy diversos. Este año se le dio especial difusión por las cuatro décadas, pero los medios masivos buscan cada año a las mismas voces, las de quienes encabezaron el gran movimiento, que suelen decir cada año más o menos lo mismo. Con humor se dice que fue un año de ruptura total, porque nos la rompieron todita.

Somos pocos los que no fuimos líderes del 68 y ahora nos animamos a manifestar nuestra opinión sobre el movimiento. De lo que no cabe duda es que para todos los que vivimos ese año fue una experiencia irrepetible, ni antes ni después sucedió algo de ese tamaño. Las preguntas obligadas son: ¿qué hicimos cada quien con esa experiencia? ¿adónde nos llevó la confrontación con el poder? ¿Cuántos de los miles que estuvieron ahí sufrieron en carne propia la represión sin que nadie sepa quiénes son?, finalmente, aunque las interrogantes sean interminables, ¿por qué hacer de ese año un símbolo de nuestra generación?

Todo eso me despertó recibir este libro, que es una reedición corregida y aumentada del publicado a los 30 años del movimiento. Lo llamé libro, aunque tiene un significado mayor, en especial para su autor. Al leerlo me pareció más bien una historia de vida, del segmento correspondiente a ese año tan memorable. Ahí refleja Alberto su experiencia personal —que muy pocos compartirán —, de presenciar disparos de arma de fuego a unos pasos (cuando eso no era posibilidad de todos los días, como ahora) y, con total impotencia, ver morir personas inocentes, sentir ese dolor desconocido hasta entonces. Fueron segundos, instantes, pero que le dejaron una marca imborrable. Así se vivió el 68, así vivimos cada momento. Ahora los comentamos como un relato de tiempos pasados, un relato donde hay tanto por decir, donde hay espacios íntimos, unos que guardamos sólo para nosotros y algunos que nos atrevemos a compartir.

El libro de Alberto es también el testimonio de un observador externo, ése que mira, vive el momento, para luego contarlo con la veracidad de quien estuvo ahí. Aquella vehemente veracidad del recuerdo inmediato, que décadas después no estamos tan seguros, pues tal vez nadie más lo vivió igual, de la misma manera, con el mismo miedo, con el mismo dolor, pero ahí queda el testimonio y vale por eso.

Esos seis dramáticos meses que duró el movimiento en México, sobre todo esta ciudad, a veces nos hacen olvidar que ese año hubo otras sacudidas sociales en otras partes del mundo (por lo que se consideró aquí al movimiento fruto de una conspiración extranjera). Europa también tuvo sus particulares revueltas.

En lo personal, me tocó allá algo de lo que reseña Alberto. Hablo de los sucesos en la Europa Oriental, el mundo socialista (el “segundo mundo”, al que nadie llamaba así: sólo había el desarrollado primer mundo y el empobrecido tercer mundo): Checoslovaquia, Hungría, Polonia, Yugoslavia, y la potencia soviética. Estuve ahí precisamente en esos meses, de gira con un coro, en Praga y Moscú, pero no me traje

nada de conspiración internacional a México, que conste. Incluso ya no había tanta coincidencia ideológica con el estado de cosas por allá. También tengo recuerdos muy gratos de la Europa de ese año: Lisboa, París, Londres, Colonia, Viena, Roma... cantando y mirando cercano el porvenir.

La lectura del libro de Alberto abre, literalmente una ventana al mundo de 1968. Primero nos construye el tablero de ajedrez desde el 2 de enero de ese año con párrafos breves y concisos, donde se entremezclan buenas noticias con otras no tanto, que por desgracia son mayoría. Basta recordar que había medio millón de soldados yanquis en Vietnam. Que se combatía en Guinea, que se reprimía a trabajadores en Chile, que Israel invadía Jordania, que asesinaron a Luther King y que hubo disturbios raciales en más de la mitad de Estados Unidos, esto tan sólo en los primeros tres meses. El resto del año contiene más guerra, hambruna en Biafra, golpes de estado por aquí y por allá, crisis financieras en Europa, secuestros de aviones...

A cambio, pocas buenas: un tratado contra la proliferación de armas nucleares, reanudación de relaciones entre Alemania y Yugoslavia, armisticio en Vietnam, avances en las misiones espaciales... y casi a fin de año, las inolvidables olimpiadas mexicanas.

Pasamos a un siguiente capítulo, breve, sobre el mayo francés y su movimiento contra los valores carcomidos por la guerra fría y el anticomunismo. Ahí Alberto rescata un texto suyo donde opina sobre aquellos días con la desapasionada perspectiva de dos décadas después.

De aquí pasamos a lo nacional: un reconocimiento a Javier Barrios Sierra, rector de excepción, texto también breve y madurado con el tiempo, que recuperó para incluirlo en este libro como parte de la historia del 68.

El siguiente apartado nos lleva directamente a la que tal vez sea la imagen más dolorosa que guardan los ojos de Alberto Pulido: presenciar el asesinato vil de una niña y su madre con tiros a quemarropa de un soldado en la Plaza de las Tres Culturas, lugar del cual pudo salir con vida, pero nada por venir podría ser peor que lo visto esa tarde de octubre.

Pasa a un documento donde se establece la posición de trabajadores administrativos y académicos ante el conflicto estudiantil, en un documento firmado en noviembre de aquel año, una vez transcurrida la tregua olímpica.

De aquí Alberto nos lleva a recordar que la insurgencia juvenil tuvo repercusión mundial, enlista nombres de dirigentes de once países, apenas como muestra de que los jóvenes del orbe buscaban realmente cambios.

Las siguientes páginas contienen ideas y frases surgidas al calor de los acontecimientos, desde un poema de Sábines donde zarandea a funcionarios y legisladores (actualísimo, por otra parte) hasta expresiones de connotados escritores, filósofos, músicos, lo que da pie al capítulo consecuente, sobre el rock en 1968, donde coincidieron los "grandes": Beatles, Rolling Stones, Doors, Janis Joplin, Jimmy Hendrix, Eric Clapton, Bee Gees, Simon y Garfunkel... en aquellos discos de 33 rpm, donde los diseños de las portadas en verdad llamaban la atención y eran el principal atractivo, a las que Alberto dedica dos secciones (de sus favoritas, claro) más adelante. Prosigue Alberto con una página de recuento de *best-sellers* musicales de ese año; de inmediato, al leer el nombre de las que conocimos empiezan a sonar sus notas en nuestra mente. ¿Recuerdan ustedes cómo suenan *Hey, Jude... Mrs. Robinson... Lady Madonna?*

E inevitablemente, el rock en nuestro país, mexicano e internacional, en el 68. En breves párrafos, muy equitativos, eso sí, menciona a algunos que siguen activos y con

muchos seguidores hoy: el escritor José Agustín y el gritón Álex Lora. De fuera menciona a Hendrix, Led Zeppelin, Jethro Tull, Chicago... y tantos otros. Aquí el lector empezará a notar que a Alberto lo apasiona la música, y que sabe de ello.

Otra pasión de Alberto es el cine. La lista que incluye y comenta nos muestra verdaderos clásicos en todos los géneros: *2001 Odisea en el espacio*, *Romeo y Julieta*, *El bebé de Rosemary*, *Teorema*, *Vaquero de medianoche*...

No podían faltar en esta revisión libros y revistas que destacaron ese año, desde la óptica de Alberto, por ejemplo uno del multihomenajeado Carlos Fuentes sobre la Revolución de Mayo en París. Otro, del Arnoldo Martínez Verdugo, sobre la invasión rusa a Checoslovaquia. En revistas, la legendaria *¿Por qué?*, e incluye un suplemento cultural de la revista *Siempre!*, el afamado "La cultura en México", elaborado por notables de la literatura y el arte.

El libro concluye con la bibliografía y discografía, incluyendo desde luego páginas de internet, en que Alberto Pulido se apoyó para seleccionar el material.

En este trabajo personal de Alberto hay claras identificaciones de muchos de nosotros. Notamos un buen manejo de los momentos, de aquella cotidianidad, ya sea mirando hacia la música, la moda, las publicaciones, las ideologías o el enfrentamiento con el poder. Ilustra la personalidad de muchos de los actores: estudiantes, profesores, trabajadores, los del poder y los del no poder, todo eso le da credibilidad a lo que Alberto platica en el libro.

Varios de los presentes vivimos, como él, el disfrute de nuestra edad dorada; más allá de la intención de acallarnos o maniatarnos, estaban nuestras aficiones, gustos, emociones, gozos, placeres, convicciones. Supimos, sin saber bien a bien, lo que pasó ese año, y seguimos.

La periodicidad en el trabajo, presente en otros trabajos de Alberto, nos lleva a pensar en lo que no nos damos cuenta, lo inadvertido del diario acontecer. Hay que elogiarle la paciencia de conjugar eventos de aquí, de allá y de muchos lados. Creo que la mayor virtud de este libro, aun con su muy agradecerable brevedad, es hacer que nos percatemos de todo lo que puede suceder en un solo año, y hablamos apenas de cosas “importantes”, si bien se trató de un año peculiar, nada común.

Al terminar la lectura... ¿cómo nos vimos frente a este repaso histórico? Repaso de una historia que nos tocó vivir en la parte mexicana, por no decir capitalina, sin percibir todo lo que sucedía simultáneamente en otras latitudes.

Puede que no sea justo, pero es natural ver lo más inmediato. Siempre pensamos en quienes son más cercanos a nosotros; solemos creer que nuestros asuntos son más importantes y significativos. Este libro que hoy comentamos viene siendo un “zape” para que nos demos cuenta de que podemos acercarnos a muchos más aunque estén a miles de kilómetros de distancia: personas que también escuchan música, leen libros y revistas, ven cine, dialogan, discuten, protestan contra las injusticias y los abusos de poder, tienen coincidencias y diferendos, tantas que si intercambiáramos los títulos de las notas que comenta Alberto muchos de esos eventos pudieron haber sucedido (o sucedieron tiempo después) en nuestro país.

Esta sacudida de conciencia —que cae bien de cuando en cuando— y este grato repaso tanto a sucesos que no se pueden olvidar, como a otros que con franqueza ya habíamos arrumbado sin merecerlo, se lo debemos al autor, a Alberto Pulido.

Erwin Stephan-Otto
4 de diciembre de 2008